

comun en este siglo, tan autorizado entre nosotros, y que habiéndose hecho mas atrevido por el gran número y circunstancias de sus secuaces, no está ya encerrado en las oscuras tinieblas en donde le detenía el temor, y se atreve á manifestarse casi á cara descubierta, desafiando en algun modo á la Religion del príncipe y al zelo de los pastores. Tengamos horror á estos hombres impíos y despreciables, que ponen su gloria en burlarse de la Religion que profesan; huyamos de ellos como de monstruos indignos de vivir, no solo entre los fieles, sino tambien entre hombres, á quienes el honor, la rectitud y la razon une entre sí. En vez de aplaudir sus impíos discursos, cubrámoslos de confusion con el desprecio de que son dignos. El mismo mundo mira como cosa muy vil é infame, deshonorar la religion en que se vive; y como cosa muy gloriosa y digna el preciarse de respetarla y defenderla, aunque sea con autoridad ó indignacion, contra los discursos de los necios que la impugnan. Quitemos á la incredulidad, despreciándola, la deplorable gloria que busca: si despreciamos á los incrédulos, serán muy raros entre nosotros, y la misma vanidad que forma sus dudas, las deshará ú ocultará, luego que entre nosotros sea oprobio el parecer impío y gloria el ser fiel. De este modo veremos acabar este escándalo, y glorificaremos todos juntos al Señor con una misma fe y con una misma esperanza de las promesas eternas. Amen.

## PLÁTICA

SOBRE

### LA PALABRA DE DIOS.

(DE CHEVASSU.)

*Est autem hæc parabola : semen est verbum Dei.*

Es pues esta parábola : la semilla es la palabra de Dios.

*S. Luc., c. 8, v. 11.*

Entre todas las parábolas del Evangelio, ninguna encuentro, ni mas clara, ni mas circunstanciada que esta. En ella Jesucristo nos habla de una semilla que se siembra en un campo; y preguntándole los apóstoles, qué queria significar con esta parábola, les respondió, que la semilla es la palabra de Dios recibida en el corazon del hombre, y por la diversidad de tierras en que se siembra esta semilla, les hace ver muy por menor el bueno ó mal uso que se hace de su palabra. Una parte, dice, de esta semilla cayó á la orilla del camino, y fué pisada ó comida por los pájaros del cielo, otra cayó en una tierra llena de espinas, que confundiéndose con ella la sofocaron; la tercera cayó sobre piedra, y no hizo mas que nacer y secarse; la última en fin cayó en buena tierra y dió su fruto al tiempo correspondiente.

Esto mismo, dice Jesucristo, sucede á la palabra de Dios. Es como una semilla que cae, ya á la orilla del camino, es decir, en unos corazones disipados de donde el demonio la quita; ya entre las espinas, que significan las inquietudes y solicitudes del siglo, que la sofocan é impiden no dé el debido fruto; ya en un terreno pedregoso, que representa aquellos corazones endurecidos en que esta divina semilla no puede echar raíces. Sola la buena tierra, quiere decir, los que oyen la palabra y la reciben en un corazon bien dispuesto, dan fruto á su tiempo, unos mas, otros ménos á medida de su buena disposicion. Penetra-

dos del espíritu de nuestro Evangelio, veamos qué efectos causa la palabra de Dios en un corazón bien dispuesto, y qué disposiciones deban ser las de este corazón para sacar todas las ventajas que desea. Primera proposición: *Los frutos y los efectos de la palabra de Dios*; segunda proposición: *las disposiciones con que se debe venir á oírla*. ¿Qué efecto hace esta divina semilla en un corazón ablandado por la gracia, trabajado por la penitencia, purgado de las malas yerbas, de las pasiones viciosas? ¿Cómo se debe recibir, conservar y practicar? Este será todo el asunto de la presente instrucción.

#### PUNTO PRIMERO.

La palabra de Dios jamás queda sin fruto. Como el agua y la nieve bajan del cielo, y no se vuelven allá jamás, sino que riegan la tierra y la fecundan, del mismo modo, dice el Señor, mi palabra no volverá á mí sin fruto, sino que hará cuanto yo quiero, y producirá el efecto para que la he enviado: *Sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo, non revertetur ad me vacuum; sed faciet quaecumque volui, et prosperabitur in his, ad quae missi illud* (1). San Pablo escribiendo á Timoteo, individualiza las ventajas de la palabra de Dios. Es útil, dice el santo, para instruir y enseñar: *utilis ad docendum* (2); primer fruto. Es útil para reprender y corregir: *ad arguendum, ad corripiendum*; segundo fruto. Es útil para instruir á un cristiano en la piedad, haciéndole perfecto y preparado para todo género de buenas obras: *ad erudiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei, et ad omne opus bonum instructus*; tercer fruto. Así la palabra de Dios tiene tres grandes efectos, que nos conviene explicar; á saber, instruye á los ignorantes, corrige los pecadores y perfecciona á los justos.

I. Entre las espesas tinieblas que habitamos tenemos un gran consuelo en la palabra de Dios, que como dice el profeta, es una lámpara que nos alumbrá y que nos guía por las sendas que debemos caminar: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis* (3). ¿Cuánto no nos extraviáramos sin esta luz? Juzguémoslo por la infidelidad de tantos idólatras, á quie-

(1) *Isai. c. 55. v. 11.* (2) *II. Timoth. c. 3. v. 16.* (3) *Isai. c. 55. v. 11.*

nes no se ha anunciado el Evangelio; por los errores y las ilusiones de tantos herejes que cierran maliciosamente los ojos á esta divina luz; por la ignorancia y desórdenes de tantos malos católicos, que se ven privados de pastores bastantemente capaces para instruirles, ó que descuidan de asistir á sus instrucciones. Nosotros seríamos ciegos y viciosos como ellos, si esta divina palabra no nos hubiese instruído de nuestras obligaciones, de las verdades de la Religión que se deben creer, de la ley de Dios que se debe observar, de los sacramentos que se deben recibir. Y no solamente nos enseña en general las obligaciones del cristianismo, sino que también nos instruye en particular de lo que debemos hacer para santificarnos en nuestro estado. Ella enseña al padre de familia cómo debe criar á sus hijos, y á estos el amor, respeto y obediencia que deben á sus padres: descubre al pecador las verdades prácticas, que la corrupción del siglo, el contagio de los malos ejemplos y las lisonjeras ilusiones del amor propio le habían ocultado siempre: dice al mercader, que tales y tales medios de que usa para enriquecerse, no son permitidos; y prescribe á una mujer mundana ciertas reglas de conducta, á las que jamás se había acomodado con individualidad y en toda su extensión. Esa mujer sabía muy bien que se debe amar á Dios de todo corazón; pero ignoraba que ese apego, esa afición á su misma persona y á sus adornos, el amor del mundo y deseo de agradarle, eran incompatibles con el amor de Dios, que quiere le sacrifiquemos todo lo que le es contrario. Ella, vuelvo á decir, enseña al rico que debe usar más bien de su caudal; que lo necesario es suyo, pero lo superfluo es de los pobres, y así que debe usar de ello para procurar algún alivio á los pobres, no para contentar sus pasiones. En estas y otras semejantes ocasiones la palabra de Dios nos instruye: *utilis ad docendum*.

II. *Ad arguendum, ad corripiendum*. La palabra de Dios es útil para reprender y corregir, porque trae al corral la oveja perdida, retrae al pecador de sus desórdenes; impide que se suelte la lengua del murmurador contra el prójimo; advierte al voluptuoso, que pasa los días en un continuo flujo y reflujó de placeres, que su delicadeza y sensualidad no están exentas de pecado delante de Dios y que debe temer no se cumpla en su persona aquella terrible sentencia: atormentádle á medida de las delicias que ha gozado: *Quantum in deliciis fuit, tantum date*

*illi tormentum* (1). La palabra de Dios mueve á esta persona, que parecia insensible : sí, dice san Agustin, aunque estéis tan frios como la nieve, tan congelados como el mismo hielo, tan duros como el cristal, no desesperéis : *Non desperet nix, non desperet glacies, non desperet cristallum* (2). La palabra de Dios calentará lo que está frio, liquidará lo que está helado, romperá lo que está duro : el espíritu del Señor soplará, y de los ojos del pecador fluirán las lágrimas de penitencia : *Emittet verbum suum, et liquefaciet ea : flabit spiritus ejus, et fluent aquæ* (3). Sea en hora buena un hombre perdido, sea un corazon de piedra, no importa, prosigue san Agustin, la misericordia de Dios es bastante poderosa para ablandarlo : *Non erunt duri misericordiæ Dei* (4). El mismo Señor nos dice por el profeta Jeremías, que su palabra es como un martillo que hace pedazos la piedra : *Verba mea quasi malleus conterens petram* (5). Y prosigue hablando por boca del mismo profeta : *Ecce ego do verba mea in ore tuo in ignem, et populum istum in ligna, et vorabit eos* (6). Profeta, yo haré que mis palabras sean un fuego en tu boca, y que este pueblo sea como la leña, que ha de ser devorada por el fuego de tu zelo.

Tal ha sido la palabra de Dios, no solamente en la boca de los profetas, sino tambien en la de los apóstoles, y en la de sus zelosos sucesores en el ministerio de la predicacion, como lo atestiguan el gran número de conversiones, de que la sagrada Escritura y la historia eclesiástica nos dan el mas fiel testimonio. Aún hay en estos tiempos, y habrá hasta el fin de los siglos, hombres apostólicos, en cuya boca ponga Dios palabras de salud, capaces de mover los corazones, y de convertir los mas grandes pecadores. Si acaso somos ya del número de aquellos dichosos que van por el camino de la salvacion, la palabra de Dios tiene un tercer efecto, que es conducirnos á la perfeccion y á la práctica de toda especie de buenas obras.

III. *Ad erudiendum in justitia etc.* ¡A qué grado de perfeccion no condujo la palabra de Dios á los primeros cristianos, á ese número infinito de mártires, de confesores, de vírgenes y de solitarios, cuya memoria honramos en el discurso del año! Vosotros, los que leéis las vidas de los santos, sabéis que una sola palabra de la Escritura, entendida en el sentido de la Igle-

(1) *Apoc. c. 18. v. 7.* (2) *Aug. in Psalm. 74.* (3) *Psalm. 174.*

(4) *Psalm. 147.* (5) *Jerem. c. 23.* (6) *Ibid. c. 5. v. 21.*

sia, les ha hecho subir muchas veces al mas eminente grado de piedad. Estas palabras de Jesucristo, *si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y sigueme*, hicieron de san Antonio el mas perfecto de todos los solitarios. No necesitaba mas, porque solas esas palabras llenaban su corazon. ¿De dónde viene, me diréis, una mutacion tan asombrosa? Viene, dice san Pablo, de que la palabra de Dios es viva y eficaz, y mas penetrante que una espada de dos filos : *Vivus est sermo Dei, et efficac, et penetrabilior omni gladio ancipiti* (1). La espada solo penetra el cuerpo; pero la palabra de Dios penetra hasta los senos mas secretos del alma, y discierne los pensamientos é intenciones del corazon : *Pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus, compagum quoque, ac medullarum, et discretor cogitationum, et intentionum cordis.* ¿Quieres saber, dice san Agustin, cuál es el filo de esta espada espiritual y qué divisiones hace? Pues estáme atento : Ella separa al santo del impío, al hijo del padre, y á la hija de la madre. Un hijo de familias quiere, por ejemplo, consagrarse á Dios; pero su padre se lo impide : pues entónces la palabra de Dios viene á ser una espada que separa al hijo del padre. Cierta doncella quiere consagrarse á Jesucristo; pero lo repugna su madre : pues entónces esta espada cortante saja y divide á la una de la otra. Ese otro pecador quiere dejar el mundo en todo lo que le sirve de obstáculo á su salvacion; pero sus amigos se lo quieren disuadir : pues entónces la palabra de Dios viene, toca su corazon y le separa de las malas compañías. Aquel eclesiástico quiere servir al Señor con fidelidad y dar el debido cumplimiento á las obligaciones de su ministerio; pero sus parientes no le aprueban el pensamiento : y entónces esta misteriosa espada viene á decidir la cuestion : *Vivus est sermo Dei, etc.* A nosotros nos toca al presente examinar qué fruto ha producido en nosotros la palabra de Dios, ó si acaso la hemos oído sin utilidad alguna. Para juzgarlo con acierto, veamos con qué disposiciones se debe venir á oirla.

#### PUNTO SEGUNDO.

Para aprovecharse de la palabra de Dios, es necesario oirla, meditarla y practicarla.

(1) *Hebr. c. 4. v. 12.*

I. Es necesario oirla con atencion y con respeto; contemplando á solo Dios en los predicadores, que son unos órganos ó instrumentos del Señor, recibiendo sus instrucciones, no como palabras de un hombre, sino como palabras de Dios, que tiene á bien instruirnos por medio de ellos. Con esta santa aplicacion oían los tesalonicenses á san Pablo: *gratias agimus Deo sine intermissione*, les dice el Apóstol (1), *quoniam cum accepissetis à nobis verbum auditus Dei, accepistis illud, non ut verbum hominum, sed sicut est verè verbum Dei, qui operatur in vobis, qui credidistis*. Damos gracias á Dios sin la menor intermision, porque luego que oísteis la palabra de Dios que os predicámos, la recibisteis, no como palabra de hombre, sino como lo que en la realidad es, como palabra de Dios, que es quien obra en vosotros, los que habéis creído. ¿Se hallan en esta disposicion los cristianos de nuestros dias? ¿cómo ó á qué vienen regularmente á los sermones? Unas veces vienen por curiosidad, otras porque casualmente les encontró un amigo; y tal cual vez por antojo ó hipocresía vienen á oírlos; no para convencerse de las verdades de la Religion, sino para hacer crítica de ellas; no para reglar sus acciones por el Evangelio, sino para observar al predicador, y acaso para burlarse de él y divertirse como los judíos, de quienes dice la Escritura, que se burlaban de los ministros y profetas que Dios les enviaba: *At illi subsannabant nuntios Dei* (2). Vienen para ver y ser vistos, y muchas veces no hacen otra cosa que dormir, turbar al predicador, distraer á los oyentes con el ruido, irreverencias é inmodestias que cometen. Y ¿será esto oír la palabra de Dios con atencion y respeto?

Oyendo la palabra de salud con fe y con respeto, se venera á Jesucristo en la persona del que la anuncia. Oíd lo que dice san Pablo para conciliarse la atencion de sus oyentes: *Non sumus sicut plurimi, adulterantes verbum Dei* (3). Tenéd entendido, que si hay algunos que corrompen la moral, nosotros, por la misericordia de Dios, no somos de ese número: *Sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur*: sino que os hablamos con toda sinceridad de parte de Dios, en la presencia de Dios, y en persona de Jesucristo. Estos son los tres respetos que debemos considerar en los que nos instruyen:

(1) *Thessal. c. 2. v. 13.* (2) *II. Paralip. c. 36. v. 16.* (3) *II. Corint. c. 2. v. 17.*

primero, que ellos son los enviados de Dios, los dispensadores de sus gracias y de sus misterios; segundo, que hablan y que instruyen en presencia y á los ojos de Dios; tercero, que entónces hacen las veces de Jesucristo, que son sus embajadores, y que nos hablan de su parte: *pro Christo legatione fungimur* (1). Cristianos, sabéd que de estas cualidades honrosas nos hallamos revestidos cuando os predicamos la palabra de Dios: esto es lo que os debe mover á oírnos con respeto; pero todo eso no basta para que saquéis el debido fruto.

II. Es necesario aun conservar la palabra de Dios, meditarla, fomentando nuestra piedad, y esconderla, á ejemplo del real profeta, dentro de nuestro corazon, para que nos defienda en las peligrosas tentaciones del pecado: *in corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi* (2). ¡O, y qué expresion tan bella! Cuando se nos anuncia la palabra de Dios, nuestros ojos no ven mas que apariencias, las orejas no perciben mas que el sonido, la lengua no pronuncia mas que unos signos, la memoria no conserva mas que unas especies confusas. El corazon es el depositario de esta divina palabra; el corazon es quien la gusta, la medita, la adora, usa de ella y se la aplica: *In corde meo abscondi eloquia tua*. Ya veis en dónde se debe colocar: *in corde*. Pero os ha entrado alguna vez tan adentro? Habéis tenido cuidado de aplicárosela? Témoste que no, y que cada uno de vosotros la aplica segun su antojo á los demas. Si el predicador habla contra el lujo, la vanidad, la murmuracion, decís es lástima que fulana no haya asistido al sermon, porque se ha pintado tan al vivo su retrato, que ella misma no podria ménos de conocerse. Si forma una invectiva contra la embriaguez, la cólera, los juramentos, decís: si fulano hubiera estado en el sermon, hubiera salido, ó convertido, ó confundido. De este modo aplicáis á los demas los vicios de que vosotros sois culpables; y en vez de deciros lo que Nathan dijo á David: *Tu es ille vir, tú eres ese hombre violento, ese impúdico, etc.*; solo os paráis en la proposicion general, de que tales y tales pecadores no entrarán en el reino de los cielos, sin reflexionar que sois del número de ellos. La semilla cae á la orilla del camino, como dice la parábola, viene el demonio, y la arranca del corazon de los hombres para que no se salven, si llegan á aplicársela con inge-

(1) *II. Corinth. c. 5. v. 20.* (2) *Psal. 118. v. 11.*

nidad y buena fe : *Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant*. Se debe meditar con cuidado la palabra de Dios.

III. Pero advierto en tercer lugar, que es necesario practicarla con fidelidad. El oír la palabra de Dios y meditarla, es cosa buena ; mas lo principal y el todo está en practicarla : *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud*. Yo alabo en vosotros, decía san Bernardo al pueblo de una gran ciudad, la afición que tenéis á oír la palabra de Dios ; pero os suplico observéis con cuidado lo que habéis oído con gusto : *custodite diligenter, quod audistis libenter* (1). Acordáos que Heródes oía con gusto á san Juan, y con todo se perdió por no haber hecho lo que el santo le decía. ¿Queréis saber, dice Jesucristo en su Evangelio, si sois verdaderos discípulos míos ? Pues la mejor señal, y la mas cierta consiste en que perseveréis adheridos á mi palabra : *Si manseritis in sermone meo, verè discipuli mei eritis* : pues el perseverar en la palabra de Dios y adherirse á ella no se reduce precisamente á oírla y alabarla, sino que debe hacerse lo que ella ordena, conformarse en las costumbres con sus reglas, evitar los pecados que ella condena, y oponerse á cuanto nos inclina á desobedecerla. Y es esto lo que nosotros hacemos ? Ay cuán pocos son los verdaderos cristianos ! *Si manseritis, etc.*

Examinad aquí, os ruego, cómo habéis usado hasta el presente de la palabra de Dios. Hace ya veinte ó treinta años que estáis oyendo sermones, y habéis sobrevivido á muchos predicadores ; pero no obstante siempre sois los mismos, siempre tenéis la misma dureza de corazón, y la misma insensibilidad acerca de vuestra salvacion. Temblad ahora, pecadores, que tantas veces habéis oído esta divina palabra, y otras tantas la habéis rechazado ; ya estáis próximos al término de vuestra perdicion, y en peligro de perecer, como aquel infeliz réprobo rey, á quien Samuel dijo estas terribles palabras : *Quia projecisti sermonem Domini, et projecit te Dominus* (2). Con todo eso no hay cosa mas comun que el menospreciar la palabra de Dios. A la manera de aquellos judíos cautivos en Babilonia, de quienes se hace mencion en el profeta Ezequiel, los cristianos de estos tiempos hacen chacota de ella en lugar de practicarla : *Audiunt*

(1) *Bern., Epist. 139, ad Genuens.* (2) *I. Reg. c. 15. v. 23.*

*sermones meos, et non faciunt eos, quia in canticum oris sui vertunt illos* (1). Hablamos como los libros y los sermones, y vivimos como infieles. Óyese decir que los que no hicieren penitencia perecerán ; y esta penitencia solo se encuentra en las conversaciones ó en los libros. Predicase que ni los fornicarios, ni los adúlteros etc. entrarán en el reino de los cielos, y vemos que nadie se corrige de esta especie de pecados. Óyense decir cosas espantosas de la corrupcion del siglo, de la incertidumbre de la muerte, de la severidad del juicio de Dios ; y con todo eso, ni se tiene mas piedad, ni mas modestia que si jamas se hubiera oído hablar de estas cosas.

Haced, Señor, que en adelante tengamos mas atencion y mas respeto á vuestra santa palabra. El oírla con gusto es la señal de vuestros escogidos : *Qui ex Deo est, verba Dei audit* (2). Vos, Señor, habéis dicho, que vuestros siervos serian dóciles á vuestras instrucciones : *Erunt omnes docibiles Dei* (3). Haced, ó mi Dios ! que nos sujetemos con toda docilidad á vuestra divina palabra, de modo que jamas la oigamos para vuestra condenacion, sino que produzca en nosotros frutos dignos de la eterna bienaventuranza, que os deseo, etc.

(1) *Ezech. c. 33. v. 31.* (2) *S. Joan. c. 8. v. 47.* (3) *S. Joan. c. 6. v. 45.*